

«Jóvenes de larga duración»: biografías laborales de los jóvenes españoles en la era de la flexibilidad informacional

Antonio Santos Ortega

En una reciente publicación, Loïc Wacquant (2000) analiza las condiciones de vida de los jóvenes que residen en una zona del gueto negro de Chicago. Centra su proceso de investigación en un gimnasio de boxeo donde los jóvenes del barrio se preparan para librar un combate que les permita luchar contra la inseguridad y las presiones cotidianas de la calle. Inicialmente, la intención de Wacquant era servirse de esta sala de boxeo como «ventana» desde la cual mirar al gueto. En el transcurso de su trabajo etnográfico y de su observación participante —o, mejor dicho de «participación observante», como él mismo denomina a la intensa inmersión que le llevó a vivir durante tres años la vida del boxeo— entendió que el gimnasio y el *ring* eran un «lugar estratégico de investigación», —a la manera mertoniana— desde donde se podía observar de forma privilegiada la atmósfera social del gueto.

Aprovechando la metáfora de Wacquant sobre el club de boxeo como «ventana» desde la que mirar una realidad social más amplia, análogamente, podría pensarse la cuestión juvenil, que aquí nos ocupa, como una ventana desde la que contemplar algunas de las evoluciones recientes de la estructura social del flamante, vertiginoso e indeterminado capitalismo informacional que está moldeando nuestras sociedades. Esta potencialidad heurística de la cuestión juvenil, y más en particular de sus aspectos laborales, no ha escapado a algunos de los principales especialistas europeos sobre sociología de la juventud que han conjugado, desde los años ochenta, el binomio jóvenes y trabajo ¹.

La precariedad, la inestabilidad laboral y de las biografías juveniles, la segmentación del empleo, las actitudes ante el trabajo flexible, todos estos aspectos resuenan también en las obras de los más importantes sociólogos contemporáneos, señal inequívoca de la relevancia de esta temática para descifrar las tendencias laborales emergentes del «nuevo capitalismo». Un buen ejemplo de ello es el atractivo ensayo de Richard Sennett (1998)

¹ Señalo, únicamente, algunas de las recopilaciones más recientes que permitan actualizar información sobre la cuestión del trabajo juvenil, sea en Europa y Estados Unidos (Roulleau-Berger, 2003) o más particularmente en España (Cachón, 2000).

sobre las repercusiones en el trabajo del nuevo capitalismo flexible. *The Corrosion of Character* está plagado de referencias a las relaciones generacionales, al papel de los jóvenes en el mundo laboral y a sus cambios en las representaciones del trabajo. La tesis central es que la nueva economía y la ideología de la flexibilidad están disolviendo el concepto de «carrera lineal», típico de la vieja economía, e imponiendo un mundo laboral y social regido por la incertidumbre en el trabajo. Las relaciones entre generaciones están marcadas por la «crisis del valor de la experiencia»: las trayectorias de los padres están dejando de ser una guía para el presente laboral de los hijos. Sennett hace un diagnóstico en el cual la ética del trabajo está sufriendo las sacudidas de un modelo económico donde «es absurdo trabajar largo y duro para un empresario que sólo piensa en liquidar el negocio y mudarse».

Las consecuencias de estos procesos de cambio están aún por ver. Sin embargo, una de las preocupaciones que destila el libro de Sennett parece afianzarse en el contexto actual del nuevo capitalismo. Se trata de la extensión de un estado de inseguridad que se transmite desde la esfera del trabajo a toda las dimensiones de la vida social. Esta pauta de inestabilidad se divulga con mayor intensidad entre los jóvenes y pone en marcha múltiples mecanismos defensivos entre los que destacan: en primer lugar, la exacerbación del presente y el desvanecimiento de cualquier otro horizonte temporal de acción: para los jóvenes de las grandes ciudades —acorralados por el corto plazo—, el consumo y el ocio nocturno desenfrenado ¿son una elección o son una defensa maníaca que revela una huida de la realidad de la crisis del trabajo? En segundo lugar, cabría destacar el individualismo extremo y multiforme, que aunque no es exclusivo de los jóvenes, adquiere en ellos una especial agudeza. En este caso, la dimensión más preocupante es la profunda desocialización que se instala como corolario de los procesos de inestabilidad: una juventud insegura por su futuro adopta la mentalidad de una fortaleza asediada y el fraternal dicho popular «haz a los otros lo que quisieras que te hicieran a ti» se transforma en un inquietante: «haz a los otros antes de que te lo hagan a ti». Exploraremos en este artículo cómo se expresa el mencionado proceso de desocialización en las vivencias laborales de los jóvenes españoles.

El análisis de Sennett está referido a la sociedad americana, pero, en mayor o menor grado, se podría hacer extensivo a todos los países del núcleo central del capitalismo. Aunque España se sitúa en la semiperiferia de este grupo, presenta con nitidez los perfiles que hoy identifican el lado oscuro social de la flexibilidad en la nueva economía informacional: Temporalidad e inestabilidad en el empleo; intensificación y endurecimiento de las condiciones de trabajo; crecimiento de las desigualdades salariales, con un aumento de los bajos salarios y los *working poor*; presencia crónica de bolsas de paro persistente². Los últimos veinte años de profunda reorganización del capitalismo mundial se han dejado notar en España de manera inequívoca. Las transformaciones tecnológicas, productivas y laborales, guiadas por el eslogan de la flexibilidad, han producido un esplendor de la racionalidad económica y, al mismo tiempo, una degradación de la racionalidad social, que está concretándose en la extensión de la vulnerabilidad de las franjas más desfavorecidas.

El expresivo concepto de *flexplotation* que Pierre Bourdieu (1998) contribuyó a

divulgar en Europa en estos últimos años, y que podríamos traducir como «explotación flexible», es un buen hallazgo terminológico que permite inscribir la precariedad «en un nuevo *modo de dominación* fundado sobre la institución de un estado generalizado y permanente de inseguridad dirigido al mantenimiento de los trabajadores en la sumisión y en la aceptación de la explotación.» (Bourdieu, 1998).

Para trazar una panorámica del protagonismo de los jóvenes españoles en las dinámicas de la *flexplotation*, comenzaré aportando datos sobre sus recorridos de emancipación familiar y de empleo. Posteriormente seleccionaré dos de las dimensiones que actualmente más preocupan entre los expertos en la temática juvenil en España: por un lado, la acumulación de malas profesiones en las franjas juveniles más descualificadas y las profundas transformaciones de la socialización laboral entre ellos. Por otro, la fuerte indefinición en la consolidación de las carreras laborales de los universitarios y el problema de la sobrecualificación. Abordaremos estas cuestiones aportando los resultados de las investigaciones recientes sobre los temas mencionados y discutiendo su incidencia sobre los cambios en las representaciones del trabajo de los jóvenes en la era de la flexibilidad informacional.

JÓVENES PERMANENTES: LA EMANCIPACIÓN OBSTRUIDA Y EL EMPLEO DESMENUZADO

Los jóvenes de los países del Sur de Europa presentan un modelo en el que la larga permanencia en el hogar de origen es uno de los rasgos más sobresalientes. En el caso de los jóvenes españoles, este indicador alcanza niveles de *record*. Los avances del último informe sobre *Juventud en España 2000* atestiguan que las fronteras de edad en que los jóvenes consideran que se abandona la juventud se están ampliando y llegan hasta los 34 años. Esta percepción subjetiva de la duración del periodo juvenil se complementa con la situación objetiva de atasco del proceso de emancipación: en el grupo de edad entre 25-29 años, el 50 % de los jóvenes permanecen aún en el hogar familiar de origen y la edad promedio en que se consigue la autonomía familiar se sitúa en los 27 años. La prolongación de las estancias juveniles en la residencia familiar se acompaña por una alta dependencia económica: a los 29 años, límite estadístico de las edades jóvenes, un tercio continúan sin tener ningún tipo de ingreso económico propio.

Las situaciones de semiautonomía, donde los jóvenes cuentan con algún tipo de ingreso que, sin embargo, no es suficiente para asentar proyectos de emancipación, se han elevado en estos últimos años. Este es un síntoma de que los jóvenes son los principales proveedores de mano de obra para un floreciente mercado de malos empleos con bajos salarios y contratos temporales. En 2000, 65 de cada 100 jóvenes ocupados trabajan bajo un contrato temporal. La breve duración de éstos provoca una rotación cada vez más intensa que acrecienta la percepción de inestabilidad. El informe apenas citado refleja cómo un 30% de los jóvenes ocupados han tenido más de cuatro experiencias

² Una visión panorámica de todas estas tendencias en el mercado de trabajo en España puede obtenerse en Alonso (2000).

laborales. Apenas iniciada su biografía laboral, esta se asemeja ya más a un listado de actividades discontinuas y erráticas que a un currículum continuo y coherente.

La multiplicación de experiencias de trabajo entre los jóvenes está demostrando que sus empleos temporales no les sirven para estabilizar su situación en el mercado de trabajo. Los «trabajillos», inestables, sin contenidos de cualificación y sin posibilidades de promoción no proporcionan realmente la experiencia con la que los jóvenes sueñan para acceder a un buen trabajo. La flexibilidad es una necesidad estructural del sistema económico español y se cobra un precio muy alto entre los jóvenes. Hoy, ya normalizada, despliega sus efectos disciplinarios y de control sobre la mano de obra. Los niveles de explotación y de irregularidad laboral se desorbitan gracias a esta paradójica situación de interinidad permanente, donde la única promesa para muchos parece ser, únicamente, otro «trabajillo».

Este periodo de inserción está caracterizado, en general, por la incertidumbre, la arbitrariedad salarial y los bandazos del empleo al paro. Sin embargo, si consideramos el origen social de los jóvenes, las situaciones son muy variadas: desde aquellos mejor situados social y educativamente, que pueden permitirse la espera estratégica de un empleo de calidad, hasta aquellos otros de clases populares con menores niveles educativos, para quienes la perpetuación en el subempleo es un destino frecuente. Muy probablemente, nuestras actuales estructuras de clase recomendarían un análisis menos polarizado y con más matices que éste. Sin embargo, examinando diversos estudios españoles que analizan los itinerarios y las estrategias de los jóvenes (Martín Criado, 1998; Casal, 1997), es frecuente observar cómo las trayectorias predominantes se estructuran con esta marcada diferenciación de clase, en la que se aprecian los efectos de polarización social que se han acentuado en España en estos últimos quince años. La ampliación de las distancias salariales, el crecimiento de los extremos de la estructura profesional y el desarrollo de las dinámicas del sector servicios en el marco de la globalización van cobrando forma y concretándose entre los grupos de edad joven. Las demandas de las empresas a los jóvenes trabajadores están reforzando un modelo intensivo en conocimientos por una parte y, por otra, intensivo en trabajo manual no cualificado. La valoración de las titulaciones educativas en el competitivo mercado de las profesiones muestra síntomas en el mismo sentido: cualificaciones para las nuevas competencias de los futuros *global players*, frente a formación profesional «sin atributos» para los servicios más «proletarizados».

Una evidencia de la importancia de los extremos en la estructura ocupacional de los jóvenes españoles queda recogida en el estudio *Módulo de transición de la educación al mercado laboral* (INE, 2001). En él se analizan los empleos conseguidos por los jóvenes que han finalizado sus estudios en los últimos diez años. La estructura profesional resultante en ese periodo está compuesta por un 26% de ocupaciones científicas e intelectuales y técnicas de apoyo y un 32% de ocupaciones descualificadas o semicualificadas de los servicios. Estos dos bloques polarizados acumulan una cantidad mayoritaria de los puestos de trabajo creados y delatan la presencia de una marcada polarización.

Con todas las cautelas que impone el análisis de las clases sociales en un momento

incipiente del capitalismo informacional, estas dos trayectorias juveniles, más fuertes y representativas, no han de ser entendidas como grupos sociales cerrados y homogéneos, pero sí parece que funcionan como polos sociales de atracción más visibles que marcan los perfiles a medio plazo de la sociedad española. Analizaremos, en primer lugar, los itinerarios de los grupos sociales juveniles peor posicionados en la estructura educativa y profesional: «los hijos de la desregulación» y, posteriormente, me ocuparé de los segmentos que aspiran a una promoción social que no está exenta de temores y riesgos: los jóvenes en «carreras ansiosas».

«HIJOS DE LA DESREGULACIÓN»: LA DEVALUACIÓN DE LOS JÓVENES DE CLASES POPULARES

El sistema productivo español genera una abundante cantidad de empleos poco cualificados en los servicios que son ocupados, muy habitualmente, por jóvenes procedentes de los estratos sociales medio-bajos —con trayectorias educativas cortas o con poco valor de cambio en el mercado y con situaciones de estrechez económica familiar, que les impulsa a buscar un empleo temprano—. Estos empleos tienen salarios muy bajos, apenas requisitos de cualificación y escasas oportunidades de promoción, pero son aceptados por los jóvenes como fuente de ingresos provisional para cubrir sus gastos más inmediatos. La insuficiencia de los salarios no es un obstáculo pues residen aún en el hogar familiar. Una especie de acoplamiento estructural vincula los malos empleos con las condiciones de vida de los jóvenes: no es preciso aportar cualificación, ni experiencia; no requieren grandes responsabilidades; permiten una gran compatibilidad con los estudios y proporcionan un dinero propio, a veces fuera de las «obligaciones» de un contrato laboral más estable.

La variedad de casos en este universo de los «malos empleos juveniles» es amplia y también lo son las expectativas con que los jóvenes los afrontan: pocos los consideran como algo permanente —sobre todo los que alcanzan los niveles de estudios más elevados—, pero su actual crecimiento anuncia la consolidación de una franja de mano de obra descualificada, destinada a perdurar en los próximos años y en la que muchos jóvenes se instalarán más tiempo del deseado. A pesar de la variedad de casos, estos perfiles laborales configuran una identidad compartida muy frecuente entre los «hijos de la desregulación». Fernando Conde (1999) hace referencia con este apelativo a los segmentos juveniles de origen social medio-bajo que forjan unas actitudes hacia el trabajo marcadas por: la nostalgia de la estabilidad laboral; la aceptación resignada de la precariedad de los empleos —que se manifiesta en su repetido dicho «esto es lo que hay»—; la valoración positiva de la experiencia laboral y del dinero que proporciona este acceso temprano al empleo; una actitud marcadamente sumisa en las relaciones de autoridad con los jefes y con la empresa, que se concretan en sentir como «normal» el abuso que frecuentemente soportan, en rehuir el enfrentamiento y en la identificación con el jefe, sobre todo cuando la arbitrariedad jerárquica de éste no se hace muy explícita; por último, las relaciones con los compañeros presentan una señalada fragilidad en las bases de la solidaridad, se vive una situación funcional de grupo, pero no una identidad

con el grupo.

Estas observaciones, extraídas de las dinámicas de grupo realizadas por Conde en su investigación, evidencian el tono negativo y los matices claustrofóbicos de las vivencias laborales de estos jóvenes. Su identidad se asienta no tanto sobre el trabajo, sino sobre la disponibilidad temprana de dinero respecto a aquellos otros jóvenes de clases más acomodadas que siguen estudiando y no trabajan: frente al «parasitismo» de los que tienen todo hecho, ellos se ganan la vida. Además, este dinero les permite gastar y gozar. Da igual el empleo que se tenga, lo importante es vivir el presente, la idea de ahorro apenas tiene espacio en este discurso y lo que prima es el gasto inmediato: una especie de economía de trueque entre dinero procedente del trabajo y consumo de bienes altamente perecederos.

Estas dinámicas laborales desencadenan un círculo vicioso que se inicia con estos malos empleos ocupados por los jóvenes, prosigue con una espiral de gasto juvenil acelerado y con nuevas necesidades de consumo y concluye con la aceptación y la perpetuación en estos malos empleos, que reproducen un modelo de mano de obra barata muy presente en las primeras etapas de la inserción profesional. Las aspiraciones de consumo de los jóvenes contribuyen a impulsar un vivero de mano de obra barata para los empresarios, que se nutre de la progresiva necesidad de ingresos de los jóvenes para continuar la espiral de consumo y de la imposibilidad de prescindir de este status de consumidor una vez que se ha alcanzado. Como ellos mismos declaran: «cuando hueles el dinero...»

Este panorama laboral repercute sobre el marco de los estudios e interfiere sobre las trayectorias educativas juveniles. Por un lado, ha crecido durante la última década el número de jóvenes que simultanean estudio y trabajo. Esta doble condición de estudiante-trabajador tiene costos elevados en términos de uso del tiempo e incide negativamente sobre el rendimiento académico. En el binomio trabajo-escuela, esta última sale perjudicada y las retiradas tempranas del sistema educativo se van manifestando paulatinamente. Por otro lado, la abundancia de empleos de poca calidad y las dificultades para encontrar un trabajo que se ajuste al nivel de estudios alcanzado provocan actitudes de decepción y desvalorización hacia la enseñanza: la promesa de promoción social que ésta transmitía decae entre los jóvenes de segmentos sociales menos propensos a la prolongación de los estudios.

La progresión de la conflictividad entre los alumnos de enseñanza media es un buen indicador de la devaluación educativa. La ampliación de la escolarización obligatoria de los 14 a los 16 años ha servido como analizador del descontento juvenil y ha revelado la amplia divulgación de situaciones de «prolongación sin acumulación» (Martín Criado, 1998), en las que los jóvenes permanecen en las aulas con pocas esperanzas de que ello produzca resultados muy positivos en su futuro trabajo. La abundancia de malos empleos confirma estas expectativas negativas y los jóvenes se dividen entre los que se retiran de la escuela con un fuerte desánimo y los que continúan los estudios «apalancados», dedicando el mínimo esfuerzo y no renunciando a un presente placentero de ocio y diversión: el futuro laboral es, así, un territorio incierto sobre el cual se tiene poco control, donde la suerte y el enchufe determinarán la posición laboral.

El discurso meritocrático no ha perdido fuerza como determinante del lugar social entre todos estos jóvenes, pero ya no funciona para ellos mismos y se aplica sólo a aquellos que consiguen logros y éxitos educativos mayores. La autoculpabilización es una respuesta común entre los que abandonan los estudios o no consiguen los resultados esperados y pone en marcha toda una gama de mecanismos defensivos, que van desde las posiciones autojustificadoras —del tipo: «los que continúan estudiando son unos vagos y, sin experiencia, irán al paro»—, hasta respuestas maníacas de huida a través de la diversión frenética y el goce consumista basadas en los ingresos provenientes de este mercado de trabajo juvenil de malos empleos.

Aunque es pronto para tener conclusiones sólidas sobre los resultados de estas dinámicas, cabe argumentar que los jóvenes implicados en estas trayectorias juveniles, marcadas por el corto plazo en los estudios, la provisionalidad laboral y por el binomio ingresos-consumo, pueden ver convertida en realidad una de sus mayores pesadillas laborales: la amenaza de la inestabilidad permanente y de no conseguir un «trabajo verdadero», seguro y con garantías. La flexibilidad en las economías informacionales parece estar imponiendo un circuito caracterizado por una circularidad que mantiene cautivos en la precariedad laboral a un contingente importante de la mano de obra. Algunos especialistas han adelantado datos que refuerzan la necesidad de plantearse a fondo esta hipótesis de la circularidad en el «proletariado de los servicios» (Esping-Andersen, 1999; Sassen, 1991). En España, hay una fuerte carencia de un sistema de indicadores estadísticos que permita analizar suficientemente el mercado de trabajo flexible y las trayectorias de ocasionalidad laboral hoy tan abundantes. Sin embargo, los datos con los que se cuenta permiten asegurar que la prolongada etapa de incorporación de estos jóvenes al mercado de trabajo está marcada por la proliferación de experiencias de empleo de contenido muy pobre que no resultarán muy positivas para su futura posición laboral.

«CARRERAS ANSIOSAS»: LA INCERTIDUMBRE DE LOS DESTINOS JUVENILES DE PROMOCIÓN PROFESIONAL

Frente a los recorridos apenas descritos de los «hijos de la desregulación», encontramos aquellos que realizan preferentemente los jóvenes de origen social medio y alto. En este caso, el acceso a los estudios universitarios y los buenos resultados académicos se convierten en un umbral de diferenciación clave respecto a los anteriores. El año 2001, aproximadamente un 20% de los jóvenes españoles cursaba una carrera universitaria. Los últimos quince años de acceso masivo a la Universidad han ido consolidando un segmento de jóvenes con itinerarios educativos largos y con altos niveles de estudio. Con ello ha cobrado relevancia social y estadística la estrategia de valorización educativa, consistente en prolongar los estudios y residir en el hogar familiar hasta la llegada a la tierra prometida de un buen empleo informacional, donde poder rentabilizar el título universitario. Aunque las diferencias internas en este colectivo son muy significativas, la mayor parte de estos jóvenes responden a un modelo que contrasta con el de los «hijos de la desregulación»: la preferencia es, en este caso, por el largo plazo educativo y

laboral, por la despreocupación respecto al dinero inmediato, por la escasez de presión hacia el empleo y por el apoyo familiar hasta edades muy avanzadas. Todos estos rasgos son compartidos mayoritariamente por los jóvenes universitarios, aunque entre estos hay actitudes muy diferentes: para algunos la Universidad es un mero refugio contra el paro, para otros ocupa un papel más creativo como escenario en el que se forja su futuro profesional.

Laboralmente mejor posicionados que los «hijos de la desregulación», las carreras de estos jóvenes no están exentas de incertidumbres y «ansiedad». El síndrome de la flexibilidad laboral tiñe también sus primeras experiencias de trabajo. Su socialización laboral está regida por un nuevo marco cognitivo determinado por la flexibilidad, cuyo código los jóvenes interiorizan como «lo que manda el mercado y lo que piden las empresas». Marcados por los nuevos preceptos de la gestión de los «recursos humanos», los jóvenes de «carreras ansiosas» afrontan las nuevas competencias profesionales que la nueva empresa reclama: la plena disponibilidad, la máxima adaptabilidad y una implicación sin límites. Nunca se ha pedido tanto y se ha dado tan poco. La semántica de la flexibilidad informacional ofrece la imagen seductora del profesional de la *world business class* o la del triunfador en el trabajo científico e intelectual. Pero, tras esta pantalla, los jóvenes encuentran demasiado a menudo sólo una variada gama de empleos informacionales poco cualificados en los sectores punta de la *neteconomía*: monitores sobrecargados de horas en los parques temáticos, operadores estresados de las plataformas de atención telefónica, comerciales infrapagados de los nuevos productos tecnológicos. El discurso de la nueva flexibilidad actúa como una especie de «burbuja especulativa» intelectual provocando una inflación de prometedoras imágenes exitosas detrás de las cuales se ocultan los *bonos basura* del trabajo informacional precario.

Una nueva idea de carrera se abre con este ascenso de la flexibilidad. Su principal consecuencia es la glorificación de la movilidad, la incertidumbre y el cambio frente a la hasta hace poco tradicional organización estable del curso vital. Dos ejemplos servirán para ilustrar las más que justificadas preocupaciones de los jóvenes de «carreras ansiosas». El primero es el de los becarios universitarios: alrededor de 30.000 jóvenes a partir de 22 años que finalizan sus estudios e ingresan en esta variada condición. Su situación podría parecer privilegiada y propia de los momentos iniciales de una carrera si no fuera por las vicisitudes que padecen. Frecuentemente, las becas son como autopistas en el desierto, se prolongan y no desembocan en salidas profesionales arraigadas; económicamente, los ingresos son escasos y no permiten encarar un proyecto vital, su inestabilidad impide, por ejemplo, acumular confianza para obtener un crédito bancario; jurídicamente, la irregularidad legal es muy sintomática: no se incluyen en la Seguridad Social y no pueden beneficiarse de otras prestaciones y derechos de antigüedad: subsidios de desempleo o permisos de maternidad. Entre los becarios de edad más avanzada, se multiplican los casos en los que se investiga por la mañana y se trabaja de camarero por la tarde. Esta figura parece representar bien las tendencias generales de desregulación laboral que estamos viviendo y el descontento hacia esta forma de precariedad informacional se concreta ya en algunas asociaciones como la Federación de Jóvenes Investigadores Precarios.

El segundo ejemplo es el de la creciente sobrecualificación que soportan los jóvenes ocupados. Conforme ha ido elevándose el nivel de estudios de estos, se ha evidenciado un desajuste entre los requerimientos de los empleos y la formación obtenida. Este fenómeno tan extendido en España requeriría un estudio monográfico, pero solo aportaré un dato: el índice sintético de sobrecualificación elaborado en un reciente informe sobre el mercado de trabajo juvenil demuestra que en torno a un 45% de los jóvenes ocupados presentan situaciones de mucha o bastante sobrecualificación (García y Peiró, 1999): el sistema productivo español no crea el número suficiente de empleos para dar respuesta a las capacidades de los jóvenes. Además del derroche económico que supone malgastar dinero en una educación que no será utilizada, la sobrecualificación genera frustración y desengaño en cuanto a las expectativas profesionales por parte de los licenciados y evidencia las paradójica situación de la formación en nuestras sociedades informacionales: un marketing educativo la ha sobrevalorado en cuanto a su significado virtual —haciendo que los jóvenes consuman obsesiva y «ansiosamente» una formación que parece imprescindible—, pero que posteriormente se demuestra, para muchos, devaluada y derrochada en su significado real y en sus usos concretos por parte del sistema productivo.

CONCLUSIÓN: PROCESOS RECIENTES DE CAMBIO GENERACIONAL EN LOS JÓVENES ESPAÑOLES

El transcurso de las dos últimas décadas de inestabilidad laboral ha ido configurando estas trayectorias juveniles «fin de siècle» que acabamos de caracterizar. Entre los interrogantes que cabe plantearse en estos momentos iniciales del siglo XXI, aunque sea de manera tentativa y provisional, se encuentra el de saber hasta qué punto las reseñadas dinámicas laborales de los jóvenes están cambiando las barreras de edad que definen la juventud y sus modelos generales de acceso a la vida adulta.

Parece cada vez más inequívoco que las expectativas de emancipación conforme al modelo tradicional de transición a la madurez se han debilitado para los jóvenes. El esquema basado en la secuencia estudios-trabajo-familia propia, que se encadenan en el periodo de juventud y se proyectan en el futuro, muestra hoy desajustes evidentes. Tal vez los deciles inferiores y superiores de la escala social sigan procesos de socialización laboral más acordes con ese modelo, pero los mayoritarios grupos jóvenes de clases medias se encuentran con desajustes en el encadenamiento, con hipertrofias y dilataciones cada vez más manifiestas de las fases que conducen a la vida adulta. En este sentido, se confirma paulatinamente el paso de un modelo de juventud como transición a la vida adulta a otro de juventud en estado estacionario: tiempo de paréntesis, ralentizado, sin apenas trascendencia para el futuro. Tiempo de actividades sin proyecto, de actos sin estrategias, salvo la del goce inmediato en el espacio del consumo y la de la espera indeterminada. Las propias palabras de los jóvenes dejan translucir una aguda sensación de desaparición del futuro: «aquí no tienes proyecto, aquí simplemente quemas la etapa». Estas vivencias delatan un presente sin aparentes vínculos con el futuro, se vive en lo inmediato, el futuro no aparece, ni siquiera para quejarse contra él.

En el extendido modelo mediterráneo de «aproximación sucesiva» (Galland, 1991), los jóvenes de clase media de los 80' parecían protegerse del mal presente laboral

alargando su periodo juvenil y confiando en un porvenir más propicio. Parece que el futuro que hoy ha llegado sigue produciendo una fuerte inquietud y estos jóvenes, que encontraron el refugio de la formación para dar contenido a su periodo de moratoria, se batan ahora en retirada por los caminos del consumo y el ocio juvenil. Algo parece estar cambiando en el modelo de «aproximación sucesiva».

Este giro del trabajo al consumo como código central del lenguaje juvenil ha sido analizado en España por Fernando Conde (1999). Su hipótesis es que actualmente está cobrando forma entre los jóvenes de clases medias una nueva condición que él denomina «adojoven» y que altera incluso las tradicionales fronteras estadísticas de estas edades. La fusión de los términos *adolescente* y *joven* indica ya el sentido de los cambios: primero, la edad juvenil se anticiparía y tendería a situarse antes de los 15 años; segundo, el consumo destacaría como variable central de identidad joven; tercero, el periodo «adojoven» concluiría en torno a los 23 años, momento en que se abre una segunda etapa juvenil, que vuelve a traer al centro el patrón tradicional de transición a la vida adulta basado en la preocupación por el trabajo y una mayor responsabilidad.

Para Conde, el marcador principal de entrada a la etapa «adojoven» es el acceso a la esfera del consumo juvenil, donde la juerga ininterrumpida del fin de semana y el acceso a la vida grupal pasan a ser definitorios. La precocidad del consumo entre los jóvenes es hoy evidente incluso cuando no existen ingresos propios. Los «adojóvenes» sincronizan su ritmo de consumo con sus primeras experiencias laborales ocasionales, destinadas a hacer frente a los gastos de bolsillo, dichas experiencias se producen, prioritariamente, cuando el origen familiar no puede mantener el ritmo económico de los hijos. Con todo, el trabajo es aquí una mera fuente de ingresos y no de identidad laboral: trabajo para llenar el bolsillo. Aunque es un periodo en el que se duerme poco —sobre todo los fines de semana—, los «adojóvenes» describen el momento como una especie de sueño en el cual no se puede continuar perennemente y, con el despertar, se descubre el futuro que hasta entonces había estado adormecido. Los propios jóvenes delimitan las nuevas fronteras de edad: «cuando tienes 15 años, no ves que dentro de 10 tienes 25, pero cuando tienes 25 sí ves que dentro de 5 tienes 30».

Entre los 23-25 años comienza una segunda fase en la que se «sienta la cabeza» y en la que se concretan las preocupaciones por el trabajo-estabilidad y por la autonomía económica. Sin embargo, las incertidumbres no desaparecen de repente y el periodo de tiempo hasta llegar a la treintena se distingue por una paulatina estabilización que depende del tipo de estudios cursados. Aún en esa edad, los informes desvelan cómo un cuarto de los jóvenes más rezagados no han alcanzado la plena autonomía y cómo un nuevo pacto ha ido cobrando forma en estas dos últimas décadas, desplazando el horizonte futuro del trabajo estable hacia el goce presente en el consumo, alimentado por los ingresos procedentes de los empleos juveniles flexibles.

Aunque es demasiado temprano para evaluar los efectos de estas dinámicas sobre la estructura social y sobre las propias vidas de los jóvenes, sus situaciones de trabajo se hallan en el torbellino de una profunda transición laboral en las dos últimas décadas. El tránsito del fordismo al riesgo, tal y como lo ha caracterizado recientemente Ulrich Beck (2000), comporta una intensa individualización, destradicionalización y fragmentación en

el mundo del trabajo, e igualmente, un ascenso del consumo como generador de identidad. En este sentido, riesgo es una palabra sugerente para interpretar el estado de un importante número de jóvenes españoles, laboralmente a la deriva y representantes ejemplares de los nuevos riesgos de las sociedades informacionales.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ALONSO, L. E. (2000): *Trabajo y postmodernidad: el empleo débil*, Fundamentos, Madrid.
- BECK, U. (2000): *Un nuevo mundo feliz*, Paidós, Barcelona.
- BOURDIEU, P. (1998): *Contre-feux*, Liber, París.
- CACHÓN, L. (ed.): *Juventudes y empleos; perspectivas comparadas*, Mº Trabajo y Asuntos Sociales, Injuve, Madrid.
- CASAL, J. (1997): «Modalidades de transición profesional, mercado de trabajo y condiciones de empleo», *Cuadernos de Relaciones Laborales*, nº 11.
- CONDE, F. (1999): *Los hijos de la des-regulación. Jóvenes, usos y abusos en los consumos de drogas*, Fundación CREFAT, Madrid.
- ESPING-ANDERSEN, G. (1999): *Social Foundations of Postindustrial Economies*, Oxford University Press.
- GALLAND, O. (1991): *Sociologie de la jeunesse*, Armand Colin, Paris
- GARCÍA, J., PEIRÓ, J. (1999): *El mercado laboral de los jóvenes: formación, transición y empleo*, Bancaja-IVIE, Valencia.
- INE (2001) *Módulo de transición de la educación al mercado laboral*, Instituto Nacional de Estadística, Madrid.
- MARTÍN CRIADO, E. (1998): *Producir la juventud*, Istmo, Madrid.
- ROULLEAU-BERGER, L. (2003): *Youth and Work in the Post-Industrial City of North America and Europa*, Brill, Leiden-Boston
- SASSEN, S. (1991): *The Global City: New York, London, Tokio*, Princeton University.
- SENNETT, R. (1998): *The Corrosion of Character: The Personal Consequences of Work in the New Capitalism*, W. W. Norton & Company, N.Y.
- WACQUANT, L. (2000): *Corps et âme. Carnets ethnographiques d'un apprenti boxeur*, Agone, Marseille.